

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



SAN JUAN DE LA CRUZ.



ENTRE aquellos admirables seres que, cual fragantes puras azucenas, brotaron en el verdadero siglo de las letras, décimo sexto de la era cristiana, y que renunciando á los fascinadores atractivos que les ofrecía en el mundo la opulencia de su

Segunda serie. — TOMO III.

nacimiento, en una época llena de galantería y de delicias, difundieron desde la oscura soledad de los claustros el manjar de bendición de las almas dolientes, en aquellos purísimos sentimientos que germinaron en su corazón á influjo del continuo estudio y contemplación de los inefables mis-

4 de abril de 1841.

terios de la religion de Cristo, al elevar al cielo, bañados por la blanca claridad de la luna y por el rojo crepúsculo de la tarde, los cánticos divinos y las hebraicas salmodias llenas de sublimidad y poesía, aquellas valientes imágenes de Job, aquellos lamentos sentimentales del arpa de Isaías y los encendidos suspiros de la enamorada esposa de los cantares que penetran de santa unción las almas donde vibran los sentimientos religiosos, al respirar los puros aromas que se exhalan en ondeante nube entre el fuego sacro de los incensarios, al sentirse henchidos de las inmensas impresiones que parecen girar por las sombrías magestuosas bóvedas de los templos, y que permanecen misterios entre el hombre y el alma, entre el insecto pensador y la divinidad, al contemplar con tristes ojos los helados tumulos cuyo tenebroso color alumbraba el pausado oscilar de los pálidos moribundos blandones, aquellos sombríos sepulcros que nos revelan la nada del mundo terrenal y el poderío del monarca de los espíritus, y al admirar las santas imágenes de los altares cuya belleza ideal trazó la mano de un genio enviado del cielo para presentar al hombre una leve idea de la hermosura de las almas bienaventuradas: entre aquellos sublimes seres con formas humanas y espíritu é imaginación angelicales, las Teresas, los Granadas, los Leones, y tantos otros afamados y raros religiosos que resplandecieron entre sus hermanos como las lámparas en los sepulcros, para valernos de una espresion de Clarete, atrae nuestra atención al brillo que irradiaba su gloriosa frente, el célebre por sus virtudes y talentos S. Juan de la Cruz, á cuya vida ejemplar y luminosos escritos vamos á dirigir nuestros débiles ojos.

Juan de Yepes y Alvarez, reformador de la orden de Carmelitas en su primitiva observancia, salió á la luz del mundo el año 1542 en la villa de Montiveros, no distante de la ciudad de Ávila, siendo frato del matrimonio de Don Gonzalo de Yepes y de doña Catalina Alvarez, ambos de calificada nobleza.

Estudió las primeras letras en el hospital general de la villa de Medina, y á poco despues, en el año 1563, tomó el hábito con el nombre de Juan de la Cruz en el convento de santa Ana de la misma villa.

De allí pasó al de S. Andrés de Salamanca donde estudió un curso de teología, regresando á Medina, cuando con las vestiduras sacerdotales. Entonces fue cuando conoció á aquel serafín en carne humana santa Teresa de Jesus, cuya viva imaginación ya se hallaba ocupada del atrevido y grandioso proyecto acerca de la reforma de su orden. Dos almas henchidas de fe y de gloria, abrasadas en el fuego del amor divino, y para quienes eran regalados placeres las ásperas mortificaciones de la orden que pocos años antes abrazaran, no tardaron en encontrarse en sus vehementes deseos de estrechar la regla, y unidas ambas para la proyectada reforma, fundaron en breve mas de veintitres conventos de religiosos de ambos sexos.

Desde el momento en que Juan de la Cruz pudo admirar en Teresa de Jesus la pureza, hermosura y felicidad de los espíritus celestiales á que tanto anhelaba su encendido corazón, desde el instante en que sus ojos se iluminaron con la gloriosa aureola de aquella virgen divina, ya no conoció limite alguno su ansia de padecer para llegar á ocupar un lugar en las mansiones eternas donde tan bellos espíritus brillaban.

Un varón cuyas virtudes y talentos atraían la admiración general, y en quien se reflejaba la firmeza de los antiguos hermanos de su orden, no podia menos de excitar la envidia y aborrecimiento en el corazón de los mas imperfectos que, deseando extinguir la congregación de los observantes, intentaron borrar la hermosa flor que magestu-

sa descollaba en aquel naciente jardín, y prendiendo en Ávila al humilde Juan de la Cruz, le llevaron á Toledo, donde le sepultaron en una oscura prision. Pero tan duro proceder solo sirvió para realzar mas y mas los dones con que le adornó el cielo, porque libre en ella de los azarosos negocios del mundo, y entregado enteramente á la contemplación de las cosas celestes, compuso entre otras obras espirituales, aquel sublime y delicado cántico entre el alma á su esposo, cuyas bellezas mas adelante trasladaremos.

Libre al fin de su molesta prision se dedicó á dirigir con sus consejos y ejemplos á los religiosos de su orden, y desde entonces aparece á nuestros ojos en una serie no interrumpida de dignidades, habiendo sido nombrado maestro y vicario del convento de Mancera, rector del de Alcalá, prior y vicario general de Andalucía, vicario del convento de Segovia, y finalmente definidor primero de la orden, en cuyo estado plugo á Dios colocar su espíritu entre los coros de los querubines del Empíreo, quedando para consuelo de sus hermanos sus restos mortales en el convento de Ubeda, donde murió el día 14 de diciembre de 1591, habiéndose declarado su beatificación en el pontificado de Clemente X, por decreto de 6 de octubre de 1674.

Aun cuando el immaculado espejo de su vida no nos ofreciera los nobles sentimientos religiosos que hicieron latir desde su infancia su bello corazón, nos bastaría examinar cualquiera de las obras con que nos enriqueció para admirar el manantial perenne de sus virtudes, la santa unción que abrigaba su pecho, y la oscura inagotable mina de doctrina celestial, que movieron su pluma en honor de su gerarquía y del catolicismo español, obligándole á desdenar las cosas profanas, y á elevar su genio á sublimes inspiraciones.

La sencillez y naturalidad de su estilo, la inmensa erudición que derrama en sus obras, y que bebió en los libros del libertador del pueblo hebreo, los mas sublimes del mundo, la delicadeza y proligidad con que deslie aquellos religiosos pensamientos que le atragaron el renombre de místico doctor, sus bellas y naturales comparaciones, y el fuego que exhalan sus palabras, hacen que así las almas mas desnudas de sentimientos cristianos, como las mas enriquecidas de santa doctrina, se inunden en sus obras con blancos raudales de jugo y de leche espiritual, que las anima y conforta para llegar á la bienaventuranza.

Con sus tiernos afectos trasciende las nubes de toda imaginación, la luz de toda humana inteligencia, y alzándose en alas de su fogoso pensamiento á beber el misterioso rayo de aquel sol eterno, en cuyo mar de luz se renuevan y esclarecen sus ojos como águila divina, arroja un puro diluvio de doctrina, si bien envuelta con tan oscuro misterioso velo que es necesario meditarla y leerla con la mayor atención para poder participar de todo el sentimiento que encierra en toda su profundidad, para alcanzar la elevación de sus pensamientos, y para penetrar la fuerza de meditación que sostiene el vuelo de su imaginación ardorosa.

Sus obras mas notables *La subida al monte Carmelo*, *La noche oscura del alma*, *La llama del amor vivo* y *El cántico divino*, pueden considerarse como una sola, segun es la unión y serie de las ideas que contienen. En ellas se propone guiar á las almas por los trabajos senderos y caminos que las conducen á la unión con la divinidad; infundirles valor y prudencia para no extraviarse sino por las mas risueñas regiones de la religion y del amor divino, y haciéndolas pasar por las oscuras noches del sentido, persuadiéndolas á aligerarse de la pesadumbre del cuerpo para volar en pos del espíritu que las ofrece dones mas nobles.

y deliciosos que esta vida nutrida de los sentidos, y que esta voluptuosa molición de su música y de sus amores.

Penetrado nuestro místico doctor de la sublimidad y misterio que oculta esta materia, no porque la oscurezcan densas nieblas, sino por los inmensos raudales de luces que sin cesar destella y con que deslumbra los flacos ojos de los mortales, á la manera que los fascina el radiante disco del sol por su demasiado brillo; persuadido de que para explicar con alguna claridad una materia tan alta y espiritual (donde la inocencia vence á la doctrina, donde el que mejor la comprende halla mas dificultad en explicarla, donde lo que se vé ciega y se olvida, y confunde lo que con el discurso se alcanza) serian inútiles todos sus esfuerzos si solo se servia del lenguaje comun de los hombres, al par que se valió de cuantos símiles y comparaciones admite una prosa clara y sencilla, creyó necesario recurrir al poderoso auxilio de la poesía, de esa incarnation de lo mas íntimo, de lo mas divino que tiene el hombre en su corazon y en su pensamiento, de las imágenes mas magníficas y de los sonidos mas dulces y armoniosos que presta la naturaleza visible, como dice Mr. de Lamartine, de aquel idioma completo que arrebató con mágico entusiasmo á un tiempo mismo todos los órganos y sentidos del hombre, de aquel lenguaje por excelencia, que presenta de un solo golpe luminosas ideas al espíritu, sentimientos profundos al alma, imágenes grandiosas que llenan la imaginación y delicada música á los oídos; de aquella sensación, sentimientos, espíritu y materia que hiriendo con sus valientes golpes la humanidad entera del hombre, le arroba, le trastorna, le penetra y persuade, y arrebatándole enteramente por el alma y los sentidos, ora le aterra y le anonada como un rayo, ora le encanta en plácido deliquio como un ángel, sellando en su imaginación y en su alma con interiores convicciones el objeto grandioso de sus cánticos.

¡Cuánto realce, cuanta amenidad y dulzura no dan á las obras de S. Juan de la Cruz aquellas bellísimas estancias en que espresa figuradamente toda la preciosa doctrina que derrama y deslie con no menor gracia y erudición en el discurso de sus libros, y con que dulces arrobamientos encanta y atrae y esclaviza el entendimiento, guiándole con el halago de la poesía hasta el fin del camino difícil para las almas apesadumbradas con el yugo de las humanas culpas!

Hé aquí las sentidas estrofas que sirven de argumento é introducción á la *Subida al monte Carmelo* y á la *Noche oscura del alma*:

En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡O dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.
A oscuras y segura
Por la secreta escala disfrazada,
¡O dichosa ventura!
A oscuras y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.
En la noche dichosa,
En secreto que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Ni otra luz ni guía,
Sino la que en el corazon ardía.
Aquesta me guiaba,
Mas cierto que la luz del medio día,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.
¡O noche que guiaste,
¡O noche amable, mas que el alborada!

¡O noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el amado trasformada!

En mi pecho florido,
Que un beso para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventallito de cedros aire daba.

El aire del almizpa
Cuando ya sus cabellos esparcía,
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme;
El rostro recliné sobre el amado,
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

¡Con qué bellas figuras nos espresa como salió el alma, en la abnegación de los sentidos, llena de viva fe, y sin tener á la vista los apetitos sensitivos de las cosas terrenales, inflamada en las amorosas ansias de unirse con la divinidad, sosegada y libres sus facultades de todo mundano pensamiento, y sin apercibir siquiera las mas leves inspiraciones. Porque con la imagen de la noche, dá á entender este docto escritor la privación en que se halla la parte sensitiva y espiritual de todo deseo mundano; y la califica con el epíteto de oscura, porque para llegar á este estado es necesario caminar por la senda de la fe que es oscura para el entendimiento, y elevar los pensamientos hácia la divinidad. Esta privación se verifica por medio de la abnegación de los sentidos, porque así como el alma luego que es infundida por Dios en el cuerpo, se halla, según sentir de los filósofos, sola y oscura como un lienzo negro sin pintura alguna, hasta que se le comunican las ideas por los sentidos, así vuelve á encontrarse en la misma oscura soledad, si se desechan enteramente todas estas ideas.

Hábil conocedor de la importancia de esta materia, insiste y se detiene en ella, presentando á las almas las densas nieblas con que los apetitos las oscurecen de tal modo, que ni aun puede penetrar en ellas el sol de la razón natural, ni la sabiduría de Dios iluminarlas con sus resplandores, haciéndolas ver las amarguras y tormentos con que sin cesar las hieren y lastiman cual si ellas se acostasen sobre espinas, y como rodeándolas á la manera de abejas las punzan con sus agudos aguijones, y las encienden y abrasan como se enciende el fuego entre las zarzas. Después de trazar esta viva pintura de las penas que padecen las almas que no han vencido los apetitos sensitivos, presenta una suave dulzura á las que de ellos se han desnudado, el grato convite que las ofrece Dios por Isaías cuando dice: todos los que teneis sed y apetito venid á las aguas, y todos los que teneis plata de propia voluntad comprad de mí y comed. Venid y comprad de mi vino y leche que es paz y dulzura espiritual, sin plata de propia voluntad, y sin darme por ello en trueque trabajo alguno como dáis por vuestros apetitos.

En la *noche oscura del alma* explica el modo de librar al espíritu de las tristes tinieblas en que ha quedado, desnudos y vacíos los sentidos de todas las cosas terrenales; enseña la manera de disipar esta oscuridad enriqueciéndolo de afectos y deseos hácia Dios, inclinándolo á gustar, sentir é imaginar conforme la voluntad divina, y acomodándolo de este modo á la difícil unión con la divinidad; no á aquella unión que siempre existe entre Dios y las criaturas, que no es tan perfecta cuando sus sentidos y potencias se hallan enteramente separados de la voluntad de Dios por medio de sus apetitos y deseos, sino á la unión que se celebra

cuando la voluntad del alma y la de Dios estan tan conformes en todas las cosas, que no repugna á la una lo que á la otra le es grato.

Pues á la manera que al difundir el sol sus rayos sobre el cristal, si este tiene algunos velos de nieblas ó de manchas no se puede esclarecer con su luz, ni transformarse totalmente, mas si está sencillo y limpio de aquellas imperfecciones, de tal manera le esclarece y transforma que parece al mismo rayo y dá la misma luz, aunque tenga el cristal su naturaleza distintiva de la radiante vira del sol; y tan luminoso y resplandeciente vibra el cristal su resplendor que llega á parecernos rayo ó luz por participación; así aunque íntimamente tocada el alma por la luz de la divinidad, si se halla velada de manchas no la iluminará ni unirá con ella, mas si aparta y espele el velo de criatura luego queda esclarecida y trasformada en Dios, porque la comunica su ser sobrenatural de tal manera que mas que alma parece al mismo Dios, aunque su ser sea tan distinto.

Anima y persuade á las almas á no decaer de su vuelo, cuando despues de haber probado los dulcísimos deleites de los divinos favores, y cuando con mayor ansia comenzaban á beber los inmensos raudales de celestial resplendor que les infundia el sol divino, sienten oscurecerse súbitamente esta luz y agotarse aquel manantial de dulce agua y leche espiritual que gustaban en Dios paladeándolo á su placer; porque estos son halagos y cariños con que la divinidad atre las almas débiles y tiernas hasta que penetrando con paso firme en el camino que los guía á la bienaventuranza, les quita todos estos obstáculos que las estasiaban, y las saca de la vida del sentido, para dirigir las por las del espíritu por donde deben caminar en apacible sosiego y reposo. Y lejos de persuadirse á que su espíritu ha decaído por estas privaciones, deben creer que se ha elevado á un alto grado de perfección, pues estas sequedades hacen al alma andar con pureza, y obrar no por gusto y sabor de la obra sino por complacer á su celestial esposo; cuanto mas adelanta el alma en la senda del espíritu, mas cesa en obrar de las potencias, porque se inunda en un acto general y de pureza que ni aun admite el auxilio de las facultades mentales que á él le han conducido; á la manera que cesan de andar los pies, y aun incomoda su movimiento despues que nos han llevado por un largo y molesto terreno al término apetecido.

(Se concluirá).

EL PRIVILEGIO DE LAS PALMAS.

(HISTORICO).



N el centro de una bellísima cuanto espaciosa plaza, se elevaba un alto promontorio de maderas, coronado en sus diferentes pisos por laboriosos obreros; de sus gruesos travesaños pendían enormes maromas que sostenían una inmensa mole de granito de peso de un millón de libras romanas; suntuoso monumento que ya antes había merecido un lugar honorífico en la historia de los reyes de Egipto y de los emperadores romanos, y destinado aun para aumentar la celebridad de un padre de la iglesia, é inmortalizar la memoria de un artista (1).

No lejos de allí se distinguía otro andamio sencillo pero terrible; la vista del primero causaba admiración, la del segundo terror; el uno servía de escala al templo de la in-

(1) Véase el artículo del obelisco de la plaza del Vaticano, inserto en el número anterior.

mortalidad; el otro era la escalera de la muerte: estaba destinado á hacer sufrir la última pena al que osase levantar la mas mínima voz de aprobación ó de desprecio, de burlas ó de aplausos. Sixto V había promulgado un bando que así lo prescribía á fin de que la gritería de los concurrentes que llenaban aquel recinto no impidiese el que las voces de mando fuesen oídas de los trabajadores.

Todo cuanto pudiera ocurrir estaba previsto por el arquitecto Fontana: todas las operaciones estaban tan ingeniosamente combinadas que nada al parecer se había descuidado; sin embargo, como los proyectos mas grandiosos quedan en un momento aniquilados, si el supremo poder no se presta á ellos propicio, habían todos implorado el celestial auxilio, y el cielo por medio de una prodigiosa circunstancia dió á conocer que los ruegos de los fieles habían sido escuchados.

El mas profundo silencio reinaba en la plaza del Vaticano, cubierta por la inmensa multitud, que así de Roma como de toda Italia y aun de naciones extranjeras habían concurrido á presenciar la erección del obelisco de Sesostris y de Calígula; Chateaubriand ó Lamartine hubieran comparado aquella plaza henchida de silenciosos espectadores al valle de Josafat en el momento en que ha de esperarse la llegada del supremo juez; hasta la trompa que marcaba la ejecución de los movimientos, recordaba la que ha de tocar el ángel en aquel terrible día.

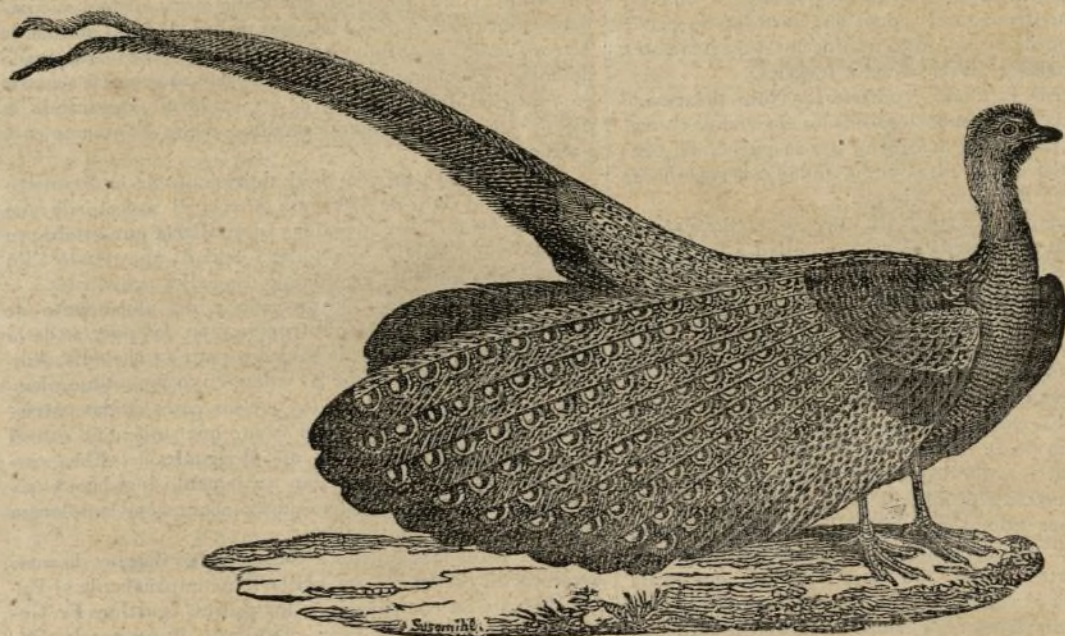
A medida que los tornos giraban rechinando, y que el obelisco iba por grados ascendiendo para colocarse sobre el zócalo, las maromas resacas adquirían una tensión mayor de la que el director de la obra había calculado; ya este vacilaba en la fé de buen éxito con que emprendiera la operación, y temía que rompiéndose una de las cuerdas se desgraciase todo el plan, y su nombre quedase vilipendiado. Y no era solo en el director en quien había tenido entrada la desconfianza, pues esta había cundido á todos los inteligentes que allí estaban. En medio de tal conflicto sale de entre la turba una voz: *agua á las maromas*, pronuncia un forastero, y el hábil Fontana aprovecha inmediatamente el consejo, salvándose así una obra que, despues de haber costado inmensas sumas, estaba ya próxima á estallar.

Emperó el que había salvado el honor del pontífice y el nombre del arquitecto había en el mismo hecho incurrido en la pena de muerte, y Sixto V no había nunca publicado bando que hubiese dejado de cumplirse, ni sentencia que no se hubiera ejecutado. Bresco, genovés de nación, autor del saludable consejo, es inmediatamente arrestado y conducido al pie del patíbulo, donde dispuesto ya á morir recibe la orden de ser conducido á presencia del papa.

—¿No sabes, le dice con severidad, que me has desobedecido? — También sé, beatísimo padre, que he salvado vuestro nombre. — Has incurrido en la pena de muerte segun mis bandos, y debes sufrirla. — ¿Y qué vale, señor, la vida de un pobre genovés comparada con la gloria de un Sixto V? si así lo queréis moriré gustoso. — No haré tal. Ya has visto la muerte muy de cerca, y esto sírvate de pena por la desobediencia: ahora por el servicio que me has hecho pide una gracia. — Señor, ya que V. B. ha consagrado tan grandiosa obra á la exaltación de la cruz, la gracia que os pediré será un recuerdo del triunfo del Crucificado, pido me concedais el privilegio exclusivo para mí y mis descendientes de conducir á Roma las palmas que se necesiten para el domingo de Ramos.

Desde entonces los descendientes de Bresco se hallan en posesión de este privilegio, y un caballero romano con cuya amistad nos honramos, afirma hallarse en relaciones con el actual poseedor.

HISTORIA NATURAL.



EL ARGOS.

El argos es un ave hermosísima que se cria en el medio día de Asia y particularmente en Sumatra. Su grandor es con corta diferencia el de un pavo: la cabeza y cuello los tiene casi desplumados: las plumas del centro de su cola tienen tres pies y ocho pulgadas de longitud, y su color es castaño oscuro con puntos blancos rodeados por anillos de un negro sumamente vivo: su pluma en general es parda con líneas rojizas: la parte inferior del cuerpo es de pardo rojizo: las guías secundarias de las alas, tres ó cuatro veces mas desarrolladas que las primarias, están adornadas desde la mitad hasta el extremo por ojos espaciados con regularidad; y las de la parte inferior se ven agradablemente matizadas de puntos negros sobre un fondo rojo claro y puntos blancos á los extremos: sus patas son de un encarnado bastante vivo.

Este pájaro es montaraz, y solo habita en la soledad de los bosques montañosos, sin que nunca se le haya visto descender á la llanura. Huye sobre todo la proximidad á todo lugar donde residan hombres, y si llega á ser apresado, por jóven que sea no puede tolerar el cautiverio, y

muere dirigiendo su última mirada á las montañas, y lanzando su último suspiro por la libertad.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

D. JUAN DE LA-MUZA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

VI.

20 DE DICIEMBRE DE 1591.



ANSADO de resolver expedientes, y de revolver papeles salia el justicia del palacio de la diputacion, dirigiéndose á la iglesia de San Juan que estaba contigua, para oír misa de doce segun tenia de costumbre. Llegóse á él con poca ceremonia un

oficial viejo de rostro curtido, y poblados mostachos, llamado D. Juan de Velasco, alcaide de Almuñecar, que hacia largo rato que estaba por allí viendo unas estampas que vendian en el patio.

— ¿Qué se os ofrece? le preguntó el justicia que se encaramaba con él.

— Que os deis á prision en nombre del rey.

— ¿Sabeis, repuso La-Nuza, que á mí no me puede prender mas que el rey en las Cortes?

— El rey lo manda, respondió Velasco, y haciendo una seña á los soldados que tenia escondidos en el cuerpo de guardia vecino, junto al palacio de la diputacion, salieron con sus arcabuces preparados, y rodearon al justicia.

— ¿Qué hacemos, dijo La-Nuza volviéndose á dos lugartenientes que iban con él: ¿pues qué puedo yo ser preso?

— Todo lo puede el rey, dijo uno de los lugartenientes, visiblemente turbado al ver aquella tropelia.

Todo lo puede la fuerza, contestó La-Nuza desarmado con tal respuesta, y entonces los soldados cogiéndole en medio como á un facineroso le sacaron por la puerta del Angel, y le condujeron por fuera de la ciudad, á la casa donde estaba alojado D. Francisco Vargas.

Pasmóse toda la ciudad á vista de tan feo desacato, y sucedió al temor el despecho al ver tan hollados los fueros, que prohibian el que aun en caso de desafuero se atentase contra la sagrada persona del justicia; y los hombres prácticos recordaban con dolor el trágico fin del justicia Don Martin Diez Aux, por cuyo suceso entrara este empleo en la casa de La-Nuza.

Muy en breve circuló la voz de que el justicia no era el único preso. En efecto habiendo acudido el duque de Villahermosa á casa de D. Alonso de Vargas á interceder por un oficial del ejército que iban á castigar, se llegó á él Don Agustín Mexía maese de campo de un tercio veterano y le intimó su prision. "Me alegro, dijo el duque sin inmutarse, con eso sabrá el rey los muchos servicios que me debe." Poco rato despues entró D. Francisco Bobadilla que traia igualmente preso al conde Aranda. Entráronlos en diferentes coches, y escoltados por un grueso destacamento salieron aquella noche para Burgos (1).

No fue pequeña la sorpresa del marqués de Lombay con la prision de su tio el duque de Villahermosa en cuya casa estaba aposentado. Hacia dias que no recibia contestacion á las cartas que dirigia dando parte de las determinaciones que se tomaban en virtud del desahoramiento que á su instancia habian otorgado los diputados del reino. Se asegura que no creyéndole en la corte á propósito para las tropelias que se meditaban, se desentendieron de él, enviándole con mucho sigilo á un tal Gomez Velazquez, caballero del hábito de Santiago, el cual esplicó á Vargas la voluntad del rey.

Para ejecutarla sacaron al justicia de casa de D. Alonso y le llevaron á la de D. Francisco Bobadilla donde á poco rato de haber llegado le notificaron que se preparase para morir al dia siguiente. En seguida entró su confesor que era el P. Ibañez de la compañía de Jesus. "Que os parece, padre mio, le dijo La-Nuza abrazándole, me van á asesinar por haber cumplido con mi obligacion, y me condenan sin juzgarme, cual no se hace ni con un facineroso." Entonces el religioso trató de suministrarle los consuelos que en tal caso presta la religion, recordándole que era cristiano aragonés y caballero. Pero La-Nuza apenas le escuchaba y repetia frecuentemente. "¡Morir tan joven!" Tomó

entonces el P. Ibañez una de sus manos para hacerle volver de su enagenamiento y le dijo: "señor, uno de los preceptos del decálogo sabeis que dice: *Honra á tu padre y á tu madre si quieres vivir largos años sobre la tierra que el Señor Dios te dará.*"

"Y bien: ¿estais, vos señor, satisfecho de vuestra conducta con vuestros padres? ¿creis haber merecido esa longevidad prometida por el mismo Dios á los buenos hijos?"

— "Callad, callad, mi buen padre," dijo La-Nuza cubriéndose el rostro con las manos, y dejándose caer sobre un sillón, vuestras palabras penetran hasta el fondo de mi alma."

En aquel momento recordó los amores insensatos de su juventud, y los disgustos que habia ocasionado á sus padres, y en especial á su virtuosa madre Doña Catalina de Urrea: desde aquel momento su corazon quedó traspasado de dolor, y resignándose con su suerte se preparó á morir en espacion de los deslices de su juventud, mostrando la mayor serenidad, y manifestándose digno de su empleo y nacimiento.

Mientras esto sucedia en el alojamiento de D. Francisco Bobadilla, el resto de Zaragoza ofrecia el aspecto de una ciudad próxima á ser invadida. La artillería que estaba en el Coso fue repartida por toda la ciudad, apuntando á los edificios mas notables y enfilando las calles principales.

Todas las avenidas del mercado y del alojamiento de Vargas estaban cubiertas de tropas, y en las puertas de la ciudad habia compañías de soldados para su custodia. Ningun paisano transitaba por las calles, cuyo monotono silencio tan solo era interrumpido por los pasos de las patruillas, y los tristes mugidos del viento que uniéndose con el murmullo que formaban las olas desiguales del Ebro azotando sus barbacanas, parecian un lamento lúgubre y siniestro con que la naturaleza queria acompañar la dolorosa afliccion de la ciudad augusta.

A la mañana siguiente le sacaron poco despues de amanecer en un coche, ¡y con grillos!! Acompañábale el Padre Ibañez y su compañero, y los padres Agustinos Fr. Gerónimo Aldovera y Fr. Pedro Leonardo de Argensola. Delante del coche y á bastante distancia iba un pregonero gritando que el rey le mandaba cortar la cabeza, confiscar sus bienes, y arrasar sus castillos por haber convocado el reino y alzado bandera contra su real ejército: al llegar al mercado y cerca ya al patibulo oyó decir la palabra traidor: volviéndose al que lo habia dicho, y contestó con gravedad: traidor no; mal aconsejado sí. Con paso firme y rostro sereno subió al cadalso que se habia levantado en la plaza del mercado no lejos de los balcones de su casa. Su juventud, su amable presencia, y su estatura gallarda aunque no muy alta enternecian los corazones hasta de sus mismos enemigos.

El infeliz llevaba entonces por sí mismo, el luto que tres meses antes se pusiera por su padre, y se habia despojado del cuello de la camisa antes de salir de la prision.

Abrazó tiernamente á los religiosos que le habian acompañado, y levantando al cielo sus ojos se puso en manos del verdugo. Durante los preparativos dirigió á la Virgen aquella tierna plegaria que principia *María Mater Gratiae* y al concluir el último versículo *et mortus hora suscipe* el hacha terrible vino á poner fin á su existencia. Acercóse en seguida el verdugo y se puso á quitarle las medias de seda que llevaba, viendo lo cual el capitan que custodiaba el cadalso, le sacudió un bastonazo en las espaldas prohibiéndole tocar ni un hilo de su ropa.

Ningun aragonés quiso presenciar tan ilegal ejecucion, ni hubiera podido pues estaban interceptadas todas las bocas calles. En aquel dia fatal todo era fúnebre en Zaragoza. Desiertas las calles, cerradas las casas, pálidos y fieros los

(1) Poco tiempo despues murieron ambos, el duque en el castillo de Burgos y el conde en el de Coca: aseguróse que habian fallecido de muerte natural, pero fueron pocos los que lo creyeron.

Por supuesto despues de muertos se los declaró inocentes.

rostros de los habitantes, melancólicos y abatidos los de los soldados. Hasta el cielo mismo encapotado con oscuros nubarrones parecía contribuir á la tristeza general, y tender un tupido velo sobre aquel horrible espectáculo de venganza y dolor. "Fue el sentimiento tan general, dice el padre «Murillo, testigo de vista, y tan universal la melancolia y «tristeza, como si en uno solo hubieran cortado la cabeza «á todos, y ayudó harto á este sentimiento el haber hecho «un día tan nebuloso y tan triste que parece que el cielo «ayudaba á la misma tristeza".

"Noté que no solo en los moradores de la ciudad sino también en los mismos soldados y capitanes había una tan «profunda melancolia como si á cada uno se le hubiera «muerto su hermano".

"Todos confesaban que se les habían apretado los corazones «en la muerte de aquel caballero."

Luego que fue decapitado La-Nuza mudóse enteramente la escena. Hasta entonces todo había sido ultrajes, pero después de muerto se le principiaron á prodigar los honores debidos á su alta dignidad. ¡Política infernal! ultrajar al hombre y acatar el cadáver.

Hicieronle un funeral magnífico, y su cadáver puesto en unas suntuosas andas, con la cabeza entre las manos fue conducido en hombros por D. Francisco Bobadilla conde de Puñenroostro, el conde Oñate, D. Agustín Mexía, Don Luis de Toledo, D. Antonio Manrique, D. García Bravo y otros varios comandantes y caballeros distinguidos. Fue enterrado en el convento de S. Francisco donde estaba el panteón de su familia, y á donde tres meses antes le había precedido su padre.

Tenia entonces unos 26 años.

Entre tanto que la losa del olvido caía sobre los despojos mortales de La-Nuza, su madre y hermano arrojados inhumanamente de su propia casa, que iba á ser arruinada, buscaban un asilo hospitalario donde ocultar su llanto, interin que un destacamento del ejército se dirigía hácia Bardallur para arrasar también su castillo hasta los cimientos.

VII.

13 DE SETIEMBRE DE 1593.

Al morir La-Nuza no se acordó de *emplazar* al rey que tan inicuamente le condenaba, pero la justicia divina, que jamás deja impune el crimen, no se olvidó por eso de vengar su muerte.

Cincuenta días hacia que el rey estaba postrado en la cama sufriendo tan agudísimos dolores que los asistentes y en especial los médicos se horrorizaban al contemplar sus padecimientos: en medio de eso no salía ni un suspiro de su boca, y aquella alma de hierro aparentaba ser impasible demostrando los quilates de su resignación cristiana, que formaba el fondo del carácter de este rey. Pero su imaginación padecía mayores tormentos: cerraba frecuentemente los ojos como si temiera ver un espectro; y á pesar de la gota que paralizaba sus miembros se esforzaba por sacudir una cosa que gravitaba sobre su pecho.

Algunas veces quería hablar, pero las palabras espiraban en sus labios: deseaba hacer una declaración pero luchaba sin atreverse á proferirla temiendo le causase el mismo efecto que experimentó Epaminondas al estraerse el dardo fatal que le había herido en Mantinea. Al fin haciendo un esfuerzo y volviéndose con los ojos arrasados en lágrimas hácia su confesor que lo era el virtuoso Fr. Diego de Yepes, (después obispo de Tarazona). *Padre mío, le dijo, llevo muy lastimosamente atravesados en mi espíritu los agravios y escases que sin mi cierta ciencia y por el mal consejo de algunos de mis ministros se ejecutaron en Ara-*

gon: (1) algunos de los presentes se mordieron los labios; pero el rey sintió aliviarse la fatiga que le oprimía.

Poco rato después se postraron á un mismo tiempo los cortesanos ante el lecho fúnebre, Felipe y La-Nuza ante el trono del eterno.

V. DE LA F.

ERRATA. La nota núm. 1 de la página 99 del *Semanario anterior* corresponde á D. Juan Paternó en lugar de D. Martín de La-Nuza á quien se puso.

A JESUS CRUCIFICADO.

I.

Ni sol, ni luz: oscuridad y espanto
cubren la faz del consternado mundo;
y el ancha tierra, en rebramar profundo,
con terremoto cruge aterrador.
Su misterioso velo rasga el templo:
arroja sus cadáveres la tumba;
y por el aire tenebroso zumba
de sombras mil fatídico clamor.

Desgájanse los árboles añosos;
y las rocas durísimas se hien den:
y su carrera rápida suspenden
estrellas mil y mil, muerta su luz.
¿Será que el orbe se desquicie entero?
¿Torna al lóbrego caos la natura?
— No! que muerte al Señor le da su hechura:
¿muerte á su Dios en afrentosa cruz!

En torno del patíbulo rugiendo,
Vedlos allí, del Gólgota en la cumbre;
insultando su blanda mansedumbre,
cubriéndole de befa y de baldon.
¿Estás desamparado, Jesús mío?
¿Elevas ¡ay! los moribundos ojos?...
¿Qué pides al Señor en tus enojos?...
— ¡Perdon para los miseros, perdon!!—

Sacrilegos! tened la horrenda mano
armada contra el Dios omnipotente;
temblad que arrugue la serena frente,
y desaparezca el mundo pecador.
Esos cárdenos labios ultrajados,
que el polvo vil de vuestros pies afea,
dijeron á la nada: *el orbe sea,*
y la nada fue el orbe encantador.

¿A taladrar os atreveis las plantas
engendradoras del crugiente trueno,
que turban de los ángeles el seno
cuando miden la vaga inmensidad?
¿En su rostro poneis la cruda mano?
¿Fragil cetro le dais iguominioso;
y en su trono magnífico y lumbroso
anogada su angusta magestad!

Insano pueblo, de tu Dios verdugo,
¿no pisaste del mar las hondas grutas,
al raudal soplo del Señor enjutas,
palpitando de miedo el corazón?
¿Y las domadas olas no bramaban

(2) Mateo Aleman, en sus diálogos.

en montes dividiéndose de espuma?
¿Quién las contuvo, di, cual leve pluma,
y encima las soltó de Faraon?

¿Y quién fué tu caudillo en las batallas?
Bajo sus anchas alas encubierto,
¿quién te condujo, quien, por el desierto,
derramando en tus labios el maná?
¿Al verle por tu amor manso cordero
tu ingratitud le desconoce y niega?...
¡Ay, si un día le ves que airado llega,
cual leon tremeundo de Judá!

II.

¿Quién te puso, Jesús mio,
esa corona de abrojos,
sin que tus augustos ojos
heláran su brazo impio?

¿Quién te robó la color
de las rosadas mejillas?
¿Quién tus sagradas rodillas
descarnó con tal horror?

¿Fué el pueblo que regalabas
con blanda mano amoroso,
y, cual padre cariñoso,
por su bien te desvelabas?

¿Fué la viña que plantaste,
frondosa, lozana y pura,
y con llanto de ternura
siglos y siglos regaste?

¿Fué la adúltera Sion,
que moraba entre tus brazos,
la que te arranca á pedazos
la vida sin compasion?

¡Ay, cuanto mas te atormenta
es tu cariño mayor;
una palabra de amor
desvanecerá su afrenta!

En tu ardiente caridad
mueres con dulce consuelo;
porque las puertas del cielo
abres á la humanidad.

Haces que á Luzbel asombre,
y que, tras sueño de muerte,
en tu regazo despierte
para ser eterno el hombre.

Mueres en expiacion
de los crímenes del mundo;
y él, mas y mas furibundo,
te destroza el corazon!...

III.

Justo Dios, vengador, del diluvio,
Dios de fuego en la infanda Sodoma,
¿cuando, cuando tu cólera asoma;
cuando sorbe á la ingrata Sion?
¿No cercaste el Edem de querubes
que vibraban flamigero acero?
¿Quién dió muerte al profano boyero?
¿Quién la dió á Natán y Abiron?

Levantaos, leon adormido;
sacudid la erizada melena,
y lanzad el rugido que atruena,
y estremece del hondo á Salén.
Ese pueblo de entrañas de acero
desdeñó tu filial mansedumbre....
¡Vea, pues, la terrífica lumbre
de tus ojos airados tambien!

¡Qué desborde tu justa venganza,
cual torrente de lava inflamado;
y derribe, y devore al malvado,
que su frente elevó contra tí!
¡Viva el justo no mas en la tierra!
Pero, no!... no, mi Dios! Ten clemencia!
Todo el orbe firmó tu sentencia....
¡ay! que fuera del mundo y de mí!

F. NAVARRO VILLOSLADA.

